

DE LA FILOSOFÍA Y LA GUERRA

SIMONE WEIL EN LAS MILICIAS DE ARAGÓN

[AGOSTO 1936]

Mailer Mattié



INSTITUTO SIMONE WEIL

Colección Metaxu Nº 13

MADRID-2023

LA DISTANCIA QUE NOS SEPARA DE DIOS

Simone Weil nació en París el 3 de febrero de 1909; es decir, hace 114 años, en el seno de una familia de origen judío no practicante y en un ambiente propicio al desarrollo intelectual. Su hermano, André Weil, fue un reconocido matemático de prestigio internacional, profesor de la Universidad de Princeton desde 1958. Una frágil salud la acompañó siempre, agudizada seguramente por las intensas e ininterrumpidas jornadas de estudio y de trabajo. No recibió, pues, educación religiosa de sus padres y nunca se identificó con la comunidad judía: “No tengo ninguna razón para suponer que tenga algún vínculo con la gente que vivió en Palestina hace dos mil años”, escribió en una oportunidad.

Pasó los últimos meses de su vida en Inglaterra; había viajado a Londres desde Nueva York a finales de 1942 para colaborar con el gobierno de la Francia Libre en la resistencia contra la ocupación nazi. El 15 de abril de 1943, ingresó en el hospital Middlesex de Londres, enferma de tuberculosis y con signos de desnutrición. El 17 de agosto llegó al sanatorio Grosvenor de Ashford en el condado de Kent, donde falleció siete

días más tarde mientras dormía, al negarse a ingerir alimentación suficiente, en solidaridad con los prisioneros franceses en la guerra.

II

Simone Weil legó al pensamiento contemporáneo su intensa, crítica y clásica mirada sobre la civilización moderna. Una mirada surgida también de la inteligencia, la rebeldía, la sensibilidad y la espiritualidad de una joven mujer valiente y comprometida con el bien -que es eterno e inmutable-, la libertad, la belleza, la justicia y la verdad, como los más altos ideales de la humanidad. Se juntaron en ella, complementándose, un refinado intelecto cultivado en el estudio de la filosofía griega y la literatura y un espíritu incapaz de admitir indiferencia ante el sufrimiento y el destino de la humanidad. Esta personal configuración quedó, sin duda, reflejada en su extensa y magnífica obra.

La filosofía y la crítica social, sin embargo, fueron insuficientes para su exploración de la realidad y la búsqueda de la verdad -que fue el sentido que dió a su vida- y propició, así, acercamientos espirituales desafiando siempre el poder y la ortodoxia, lo que se reveló en su acercamiento al cristianismo y su negativa a adscribirse a la Iglesia católica. En su incesante

actividad fue obrera en París, periodista en Alemania, anarquista en la Guerra Civil española, campesina en Marsella, refugiada en Nueva York y voluntaria de la resistencia francesa en Londres.

Escritora incansable, documentó cada etapa de su corta e intensa vida a través de cartas, artículos y ensayos filosóficos, políticos y literarios. Su obra en conjunto semeja un fino bisturí, rasgando cuidadosamente la superficie de la realidad para mostrar la verdad. Entre las principales ideas y postulados que constituyen la integridad de su pensamiento y su *profesión de fe*, podríamos resumir las siguientes: la definición de lo real; la necesidad de limitar el mal -la carencia, la estupidez, la barbarie, la fuerza, el desarraigo-; la armonía de los contrarios que se complementan; el valor de la amistad; la relación entre espiritualidad y orden social; la definición de las necesidades terrenales del cuerpo y del alma; la crítica del marxismo, las ideologías y los partidos políticos; los fundamentos de la educación y la atención; el *Amor Fati* de los estoicos -sin amor al orden del universo, no es posible amar a la humanidad- y el ideal del cristianismo; el trabajo como actividad vital; el arraigo, la patria y la guerra; entre otros.

Su obra es, en suma, un compendio de su interés apasionado por la humanidad; confió en nuestro *libre albedrío* -que mide la distancia que nos separa de Dios-, para asumir la obligación,

cada vez más urgente, de reorientar la vida social hacia el equilibrio y la armonía, en contra de la *servidumbre voluntaria* a las ideologías y al poder como la opción predominante en el mundo actual. Ese enigmático error que intriga y asombra al mismo tiempo, objeto de su propia reflexión y de insignes humanistas desde el siglo XV, como el italiano Giovanni Pico della Mirandola en su *Oración sobre la Dignidad Humana*. La *servidumbre voluntaria* como reflejo, tal vez, de la verdadera magnitud del mal en este mundo, del enorme sacrificio impuesto al *Homo Sapiens* a cambio de aceptar continuas y engañosas promesas de felicidad y utopía.

EL PENSAMIENTO SE PARALIZA CUANDO SE DETIENE LA EXPERIENCIA

Para Simone Weil, pensamiento y acción constituían una unidad insustituible en la obligación voluntaria de buscar la verdad; su propia vida, de hecho, fue ejemplar en este sentido. Ingresó en 1928 en l'Ecole normale supérieure de París; su formación filosófica había comenzado tres años antes con su maestro Émile Chartier (Alain) en el liceo Henri-IV. En esta época estableció, asimismo, sus primeros vínculos con sectores obreros,

ofreciendo cursos a los trabajadores sobre historia sindical, sociología y economía política. En 1930 terminó sus estudios y un año más tarde comenzó a trabajar como profesora de filosofía en un instituto de educación secundaria para chicas en Le Puy, en el departamento de Alto Loira. Realizó al mismo tiempo actividades sindicales y escribía en la prensa obrera.

En 1932 viajó a Berlín, enviada por una revista francesa. En 1933 sostuvo un polémico encuentro con León Trotsky en París, discutiendo sobre teoría marxista y acerca de la situación de Rusia bajo el régimen de Stalin. El desarrollo de su pensamiento político, cada vez más crítico con las posiciones dominantes de la burocracia comunista internacional, la condujo a la necesidad de experimentar la propia vida de los obreros y a prescindir de la organización sindical. Consideró que no era acertado hablar de la explotación de los trabajadores sin haberla padecido, cuestionando la posición de los líderes y de los intelectuales del movimiento obrero. Así, en 1934 abandonó transitoriamente su empleo de profesora y comenzó a trabajar como operaria en la industria Alshom de París, fabricante de equipos eléctricos para tranvías; después se empleó en una empresa metalúrgica y a mediados de 1935 en la Renault de la localidad de Bologne-Billancourt. Trabajó en cadenas de montaje, viviendo de su salario a destajo y experimentando la misma

opresión de sus compañeros; al final, su salud se resintió y fue despedida por baja productividad.

Según sus propias palabras, la experiencia como obrera fue decisiva en su vida y en su pensamiento. Descubrió un drama humano y los efectos de la opresión en la existencia de las personas, incluyendo la forma de percibir el mundo: “El que tiene los miembros desechos por una jornada de trabajo (...) -escribió-, lleva en su carne como una espina la realidad del universo. Para él la dificultad es mirarlo y amarlo. Cuando entré en la fábrica (...), la desgracia penetró en mi carne y en mi alma (...). Allí he sido marcada, y para siempre, con la impronta de la esclavitud (...). Desde entonces, siempre me he visto como una esclava.”

En 1935 viajó a Portugal y a España, en un intento por recuperar su salud. En Povia de Varzim, un hermoso pueblo de pescadores cerca de Oporto, tuvo ocasión de observar una procesión de mujeres cristianas y quedó hondamente conmovida por la representación religiosa: “Tuve de pronto la certeza de que el cristianismo es la religión de los esclavos”, escribió. Más tarde, en 1937, durante un viaje a Italia, visitó en Asís la capilla donde solía orar San Francisco y sintió la necesidad de arrodillarse, por primera vez en su vida, según admitió. En 1938, en una abadía benedictina en Francia,

experimentó un éxtasis místico mientras escuchaba los cantos gregorianos entonados por los monjes.

Tras recuperar la salud, se reincorporó a su empleo de profesora a comienzos de 1936. No obstante, cuando estalló el 18 de julio la Guerra Civil en España, decidió marcharse como voluntaria y alistarse en las filas anarquistas.

II

Semejante esfuerzo de pensamiento y acción nos ha dejado un insustituible legado, imprescindible para comprender los graves problemas y conflictos del mundo contemporáneo y las posibilidades de cambio, totalmente limitadas hoy día por el dominio de las ideologías en en la teoría y en la vida pública. Su difusión en español apenas comenzó a finales del siglo pasado. La Editorial Sudamericana de Argentina publicó en 1954 una edición de *Raíces del existir*, traducido por María Eugenia Valentié, quien escribió también el prólogo; este libro, transcrito originalmente por la madre de Weil, Salomé Reinherz, y publicado por la Editorial Gallimard en París en 1949, se editó posteriormente con el título definitivo de *Echar raíces*, considerado la gran obra de Simone Weil escrito en 1943, poco antes de morir. En 1995, la editorial Paidós publicó *Reflexiones*

sobre las causas de la libertad y de la opresión social, considerado por Weil su *testamento*, donde expone una crítica a la teoría de Marx y plantea el bosquejo de una sociedad libre. En 2007 aún era difícil hallar sus libros en las librerías de Madrid, por ejemplo; hoy día se encuentran las publicaciones de la Editorial Trotta. Podemos citar: *Escritos históricos y políticos* (2007); *Poema seguido de Venecia salvada* (2006); *La fuente griega* (2005); *Intuiciones precristianas* (2004); *El conocimiento sobrenatural* (2003); *Cuadernos* (2001); *Escritos de Londres y últimas cartas* (2000); *Escritos esenciales* (2000); *Echar raíces* (1996); y *La condición obrera* (1992) que incluye el Diario que escribió cuando trabajaba de obrera, junto a cartas y reflexiones sobre su propia experiencia. Trotta también ha publicado la biografía que escribió su amiga y compañera de estudios en el Liceo Henri-IV y en l'Ecole normale supérieure, Simone Pètremont (1907-1992), titulada *Vida de Simone Weil*. En 2011, además, su sobrina, Sylvie Weil, publicó *En casa de los Weil*, un íntimo relato de la historia familiar.

Sus escritos originales se conservan en la Biblioteca Nacional de Francia en París. El primer tomo del total de 16 de sus Obras Completas, se publicó en Francia en 1988. En gran medida son recopilaciones de cartas, artículos y ensayos, cuyos títulos se deben a la familia, editores o amigos. Albert Camus (1913-1960),

quien editó por primera vez *Echar raíces*, calificó su obra como la más importante de la posguerra en Europa; la escritora italiana Natalia Ginzburg (1916-1991) la consideró como el trabajo de un genio; el poeta anglo estadounidense T.S Eliot (1888-1965) dijo que los políticos jamás podrían comprender sus libros, aunque deberían ser leídos por las nuevas generaciones para evitar que aquellos anularan su propia capacidad de pensar.

Algunas instituciones internacionales han realizado también una importante labor de estudio y difusión de su obra. *L'Association pour l'étude de la pensée de Simone Weil*, fundada en París en 1973, ha editado desde 1978 la revista trimestral *Cahiers Simone Weil*; en Valle de Bravo, México, Sylvia Valls creó en 1989 la *Asociación Civil Instituto Simone Weil* para el análisis y difusión de su pensamiento en español, con quien he colaborado estrechamente en los últimos diez años; y la *American Weil Society*, la rama estadounidense de la Asociación francesa desde 1981 que, entre sus actividades, realiza anualmente un coloquio internacional. Desde mayo 2021, además, se publica la revista electrónica trimestral *Attention. The life and legacy of Simone Weil*, cuyo contenido está disponible en inglés y español.

SIMONE WEIL EN LAS MILICIAS DE ARAGÓN.

AGOSTO DE 1936

En 1933 Simone Weil escribió un pequeño artículo titulado “Reflexiones sobre la guerra”, publicado en la revista *La critique sociale*. Consideró allí que la guerra era precisamente la tumba de la revolución, en referencia tanto a la revolución francesa como a la rusa, donde se había pasado de Robespierre a Napoleón y de Lenin a Stalin, respectivamente. Lenin -escribió- abandonó sus doctrinas democráticas y, en su lugar, estableció el despotismo de un Estado centralizado -igual que Robespierre- y fue, de hecho, el precursor de Stalin, convirtiéndose en el ídolo de una nueva religión que rinde culto al Estado. En su opinión, la revolución rusa, además, había convertido la guerra en su problema central; una verdadera revolución, al contrario -subrayó-, debe evitar la guerra, por mínima que resulte esa posibilidad.

Convencida de que no podía dejar de participar moralmente en lo que consideraba una revolución de trabajadores y campesinos contra los terratenientes apoyados por el clero, llegó desde Francia a Portbou, noreste de España, el 8 de agosto de

1936 y se trasladó en tren a Barcelona. Se dirigió primero al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) -creado en 1935- y luego a los anarquistas de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) que la acogieron. Se integró así en la famosa Columna Durruti, que había salido de Barcelona el 24 de julio con la intención de ocupar Zaragoza, en poder de los sublevados, integrada entonces por 2500 milicianos al mando del histórico dirigente Buenaventura Durruti (1896-1936). El año pasado se publicó la novela *La columna*, del escritor francés Adrien Bosc, que relata precisamente esta etapa de la vida de Weil; hay edición en español de la editorial Tusquets y en catalán. Durruti murió el 20 de noviembre en Madrid a los 40 años, un día después de haber sido herido de bala en las cercanías de la Ciudad Universitaria mientras discutía con un compañero; la versión que prevaleció sobre el asesinato fue que recibió un disparo desde el Hospital Clínico ocupado por los franquistas, aunque se sospechó también en algunos sectores que fue asesinado por la NKVD, Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos y policía secreta del régimen soviético. De hecho, las pugnas extremas entre comunistas prosoviéticos, socialistas y anarquistas por el control del poder en el bando republicano, fueron constantes hasta el final de la guerra. Enrique Castro Delgado (1907-1965), miembro del Comité Central del Partido

Comunista de España en 1933 y primer comandante del Quinto Regimiento en 1936, relató con todo detalle en su libro de memorias *Hombres made in Moscú, publicado en 1963*, después de años de exilio en Rusia y en México, el desarrollo y las consecuencias que tuvieron aquellos enfrentamientos entre los sectores de la izquierda. Luis Buñuel (1900-1983), en su autobiografía titulada *Mi último suspiro*, también hace mención a estas pugnas en Madrid, como testigo durante los primeros meses de la guerra.

Llegó Weil, pues, con una unidad de la Columna Durruti a Pina de Ebro, a 40 Km. de Zaragoza; allí escucha a la población, mientras se producen los primeros bombardeos y participa en excursiones al otro lado del río. A los pocos días es enviada a trabajar en la cocina y sufre una grave quemadura con aceite hirviendo en un pie; la envían al hospital en Sitges y desde allí regresa a Francia, atendiendo a la preocupación de su familia.

Ha pasado en España en total 45 días, pero regresa a París impregnada de lo que llamó la “atmósfera de la guerra española”, dispuesta a transmitir sus reflexiones de una experiencia que, en sus propias palabras, tantos obreros y campesinos pagaban con su sangre. Contamos al respecto con dos documentos excepcionales, testimonio de su valor intelectual: El *Diario de España* y la *Carta a Georges Bernanos*.

II

La periodista ucraniana Svetlana Alekslévich (1948), Premio Nobel de literatura en 2015, autora de *Voces de Chernóbil*, reunió en este libro el testimonio real de hombres, mujeres y niños diez años después de la catástrofe nuclear de 1986. En una de las entrevistas, titulada “Mónologo sobre que el ruso siempre quiere creer en algo”, el historiador Aleksandr Revalski expuso a la escritora que Chérbobil significó la catástrofe de la mentalidad rusa; la explosión de todo el sistema de valores soviético, del falso prestigio de un imperio que hacía aguas por todas partes. El estallido de teorías -como supuso Weil medio siglo antes- que presumían del monopolio de la verdad para transformar el mundo, inculcando en la población cualidades que no tenía e ignorando que el *Homo Sapiens* jamás podrá ser nuevo. Se preguntaba Ravalski si la nación rusa sería capaz de realizar una revisión de toda su historia, como sucedió en Alemania o en Japón después de la Segunda Guerra Mundial. Lo que falta -concluyó-, es saber si tendremos el suficiente valor intelectual para hacerlo, algo de lo que no se habla nunca.

La actualidad de esta reflexión salta a la vista y nos conmueve. Ciertamente, el valor intelectual no solo ha faltado en

Rusia después de Chernóbil y el fin de la era soviética; su ausencia se percibe cada vez más en todas partes, también en España y América latina. El valor intelectual, no obstante, impregna el pensamiento de Simone Weil, incluyendo sus reflexiones sobre la guerra.

Le interesaba sacar a la luz la verdad que la misma guerra oculta. En *Los escritos de Londres* subraya que, desde 1914, la guerra nunca se había apartado de su pensamiento. Mantuvo en algunos momentos, de hecho, posiciones pacifistas, dando un giro a partir precisamente de su propia experiencia en la guerra de España, cuando comprendió que la barbarie es una tendencia inseparable de la condición humana, si se dan las circunstancias propicias. Razonable era, entonces, reconocer la *fuerza* y tomar la resolución de resistirse a ella con la *acción*, no con el *pacifismo*; rechazarla con repugnancia y desprecio, tal como fue su posición frente al nazismo. El pacifismo -escribió-, aunque se afirme como actitud moral, no es razonable como praxis ante la barbarie y el prestigio de la fuerza, que resumen la verdad de la guerra.

Frente al error del pacifismo propuso, entonces, la posibilidad de una valentía ajena a la voluntad de matar, inspirada en el conocimiento y el desprecio de la fuerza. No perpetuar su contagio, como había visto en España, sino interrumpirlo; no

admirar nunca la fuerza, no odiar a los enemigos y no despreciar a los desdichados. No obstante -advirtió-, es dudoso que esto suceda pronto en este mundo. Desde esta perspectiva, de hecho, ofreció al gobierno de la Francia Libre en Londres, la creación de un cuerpo de enfermeras que actuara directamente en el frente, propuesta que no obtuvo ninguna atención, fue descalificada y rechazada.

III

El *Diario de España* es un cuaderno de notas de 34 páginas donde Simone Weil anotó algunas observaciones durante su estancia en Cataluña y Aragón. Se publicó por primera vez en *Escritos históricos y políticos* en 1960, en la colección dirigida por Albert Camus en la editorial Gallimard.

Al llegar a España a comienzos de agosto de 1936, escribe sus impresiones sobre Barcelona; la ciudad le parece alegre y observa muchos jóvenes armados en las calles. Siente que está siendo testigo de un momento histórico, un período extraordinario donde el pueblo tiene el poder y los que antes obedecían asumen responsabilidades. Ve inconvenientes, sin embargo, en entregar fusiles a chicos de 17 años, en medio del resto de la población desarmada.

El 14 de agosto se encuentra ya en las filas de la Columna Durruti. El lunes 17 le entregan un fusil, con el que aparece en la famosa fotografía vestida de miliciana. El mismo día anota sus impresiones cuando se produce un bombardeo; no se emociona -escribe-. El martes 18, la envían a trabajar a la cocina; ni se le ocurre protestar. Es una guerra sin prisioneros -dice-; si te cogen, te fusilan. El 5 de septiembre habla de los fusilamientos, la disciplina interna, el aprovisionamiento, etcétera.

El *Diario* nos revela, en suma, que Weil estuvo en contacto con la realidad de la guerra; sus impresiones, su mirada crítica sobre la conducta de los milicianos. El tiempo de su permanencia le bastó para darse cuenta de la fragilidad del ideal anarquista, de los conflictos internos del Frente Popular y, en general, entre los diferentes sectores de la izquierda.

La *Carta a Georges Bernanos (1888-1948)* escrita en 1938, por otra parte, es un documento político, moral y filosófico de primer orden, como sostiene Alejandro del Río Hermann (1965), en un artículo titulado “Simone Weil y los desastres de la guerra”, publicado en 2022. No solo por la experiencia que describe, sino por el espíritu con el que esa experiencia, la experiencia de la barbarie, es transmitida, afirma. Weil envía sus reflexiones al escritor católico francés, después de leer el libro *Los grandes*

cementerios bajo la luna -editado en París en 1938; la primera edición en español es de 1986 y en catalán en 1981-, su propio testimonio de la guerra en España, pues cuando comenzó en julio de 1936 Bernanos vivía en Mallorca y se declaró partidario de los sublevados; su hijo, inclusive, estuvo en las filas falangistas. Contrario al régimen de Vichy al que criticó en *Carta a los ingleses* (1941), emigró a Brasil desde donde manifestó su adhesión al movimiento del general De Gaulle. Entre sus libros, *Bajo el sol de satán* (1926); *La impostura* (1927); *El júbilo* (1929); *Diario de un cura rural* (1936) y *Francia contra los robots* (1947), una advertencia sobre los riesgos de la modernidad. Hanna Arent, por ejemplo, calificó el relato de Bernanos sobre la guerra en España como “el panfleto más importante que jamás se haya escrito contra el fascismo”. Bernanos denunció abiertamente los crímenes y ultrajes que cometieron los fascistas en Mallorca y la complicidad del clero; Weil siente la necesidad de compartir su propia experiencia con el autor, en quien reconoce, a pesar de las diferencias de pensamiento político, una mirada afin a la suya con respecto al conflicto bélico, donde las atrocidades contra la población civil fueron comunes en ambos bandos.

Aquí Weil relata la verdad de la guerra. Lo que llama su atención -dice del Río-, es la naturalidad con la que se impone el hecho de matar, la cuasi imposibilidad de no matar. Si está

autorizado -escribe Weil-, no hay nada más natural que matar. La necesidad de matar se instala como una atmósfera que envuelve y penetra a los partidarios de una causa, los embriaga y les hace olvidar los fines de la lucha; la necesidad de matar invalida, en fin, los objetivos de la lucha. “Hay ahí una incitación -escribe Weil-, una ebriedad a la que es imposible resistirse sin una fuerza de ánimo que me parece excepcional”. Es esta la lección de los crímenes en España que muestra, en su desnudez, la miseria humana sometida al dominio implacable de la fuerza.

Refiere a Bernanos que siempre había simpatizado con los grupos que se identificaban con los despreciados de la jerarquía social, incluyendo la CNT española, hasta que comprendió que la naturaleza de tales grupos no merecía confianza. Definió a la CNT como una mezcla donde se admitía a cualquiera y donde convivían, por tanto, la inmoralidad, el cinismo, el fanatismo y la crueldad con el amor y el espíritu de fraternidad. Describe su testimonio sobre las ejecuciones, que incluían a jóvenes y sacerdotes, y cómo los milicianos las contaban a modo de simples anécdotas, mientras comían y bebían juntos, sin expresar la más mínima repulsión o desaprobación.

Bernanos cuenta en su libro que en Palma de Mallorca se fusilaban unas 15 personas al día, mientras Weil relata que en Barcelona las expediciones punitivas se cobraban la vida de

cincuenta hombres cada noche. Lo esencial -dice Weil-, es el hecho de matar a alguien o de alentar a aquellos que lo hacen. Es esta atmósfera precisamente -subrayó- la que borra el objetivo mismo de la lucha, porque la vida, el ser humano, tiene allí un valor nulo; los campesinos, de hecho, aquellos míseros y magníficos campesinos de Aragón -escribe-, no significaban para los milicianos, ni siquiera un objeto de curiosidad. En realidad, un abismo separaba a los hombres armados del resto de la población. Confiesa que voluntariamente no quiso regresar a España, cuando comprendió finalmente que la guerra no era una lucha entre campesinos y terratenientes, sino una guerra entre Rusia, Alemania e Italia.

Su rechazo al prestigio de la barbarie y de la fuerza le hizo sentirse, como afirmó, más cercana a Bernanos que a sus compañeros anarquistas en la Columna Durruti.

LA AMISTAD CON ANTONIO ATARÉS

Simone Weil se instaló en Marsella en octubre de 1940, cuando el gobierno pro nazi en Francia le impidió ejercer como profesora, dada su ascendencia judía. Trabajó vendimiando en una granja vitivinícola en el Valle del Ródano, propiedad del filósofo y escritor

católico Gustave Thibon (1903-2001), a quien confió parte de sus escritos de esos años y que él publicará en 1947 con el título *La gravedad y la gracia*. Conoció también al sacerdote dominico Joseph-Marie Perrin, (1905-2002), amigo de Thibon, con el que mantuvo un intenso debate sobre el cristianismo y una amistad espiritual, a quien encomendó igualmente otros escritos redactados entre enero y junio de 1942, publicados luego en 1949 con el título *A la espera de Dios* y prólogo del mismo padre Perrin. Escribió también gran cantidad de cartas, se dedicó al estudio del pensamiento de Mahatma Gandhi (1869-1947) y se acercó, asimismo, al conocimiento de la filosofía oriental, a través de textos como el *Bhagavad-Gita*, el *Tao-te Ching* y el *Bardo Thodol* -el libro tibetano de los muertos-.

En 1939, al final de la Guerra Civil, diez mil combatientes de la División Durruti habían huído por la frontera con Francia y terminaron confinados en el campo de Ariège, situado entre los pueblos de Le Vernet y Saverdun, edificado inicialmente en 1918. También fueron internados refugiados provenientes de otros campos, así como prisioneros calificados por las autoridades francesas como republicanos españoles extremistas y

combatientes de las Brigadas Internacionales.¹ Nicolás Lazarévitch, quien había estado en el campo de Ariège y participaba con Weil en la publicación de la revista *La révolution prolétarienne*, le contó en Marsella sobre la situación de los prisioneros españoles y en particular de un campesino anarquista aragonés que no recibía cartas ni visitas, de nombre Antonio Atarés Oliván, nacido -igual que ella- en 1909, en Almudévar, provincia de Huesca, a quien no tardó en escribirle. En sus cartas compartía con él impresiones de la vida cotidiana, le enviaba libros en español de los clásicos griegos y acogía con verdadero interés lo que Atarés le contaba de su estancia en el campo de internamiento; también le enviaba dinero y objetos de uso

¹ Integradas por voluntarios provenientes de unos 50 países que combatieron en la Guerra Civil española, junto al Ejército Republicano. Fueron organizadas por el comunista francés André Marty (1886-1956), nombrado por Stalin Inspector General y conocido como el “carnicero de Albacete”, acusado de torturas y asesinatos a numerosos brigadistas. Su número se ha estimado entre 35 mil y 60 mil participantes; la mayoría de ellos no eran soldados, sino trabajadores reclutados por los Partidos Comunistas de la Komintern (III Internacional, fundada en Moscú en 1919) o veteranos de la I Guerra Mundial. Simone Weil no formó parte de las Brigadas Internacionales, un error que suele repetirse en algunas referencias a su participación en la Columna Durruti.

personal, de tal forma que lograron construir una auténtica amistad, aunque nunca se encontraron personalmente. Atarés fue trasladado al campo de Djelfa en Argelia a finales de abril de 1941 y Simone Weil dejó su país en 1942 para viajar a Nueva York con sus padres, aunque las cartas continuaron. Cuando se enteró de la muerte de Weil en agosto de 1943, Atarés escribió a sus padres que aún seguían viviendo en los Estados Unidos. Tras su liberación, se marchó a Argentina en 1950 y un año después les envió a Francia la correspondencia de su hija, gracias a cuyo gesto se conservan.

En junio de 1941, Weil le escribió a Antonio Atarés al campo en Argelia: “Te agradezco que me hayas hablado de tu vida cotidiana. ¿Echas de menos aún los pájaros de los Pirineos? Yo no sé si el silencio no es más hermoso que todos los cantos. En un amplio paisaje, cuando el sol se pone o cuando amanece, no hay armonía más completa que el silencio. Incluso si los hombres hablan y hacen ruido alrededor, se oye el silencio que planea por encima y se extiende tan lejos como el cielo. Soy feliz de que tengas agua pura, el agua pura es algo bello. En África las noches deben ser muy claras y llenas de estrellas. ¿Las miras mucho? ¿Las conoces? Platón decía que la vista es verdaderamente valiosa porque nos hace conocer las estrellas, los planetas, la luna, el sol. Por mi parte me avergüenza decir que

apenas conozco las constelaciones y sus nombres. Hace algunos meses me procuré un planisferio para acabar con mi ignorancia, pero no lo estudié porque pensé después que no necesitaba libros para mirar el cielo y que mirándolo a menudo y durante mucho tiempo puedo llegar a reconocer sin ayuda los grupos de estrellas y el movimiento del cielo, como los pastores que inventaron la astronomía hace miles de años. No hay mayor gozo para mí que mirar el cielo una noche clara, con una atención tan concentrada que todos los demás pensamientos desaparecen. Entonces se diría que las estrellas entran en el alma". Simone Weil.

Zaragoza, abril 2023

METAXU. Dice Alain Birou: “Este adverbio griego expresa justamente lo que está en el intervalo, un entre-dos. Va a designar, para Simone Weil, esas realidades temporales y humanas que permiten y sostienen la satisfacción de las necesidades fundamentales del ser humano en el mundo [las del cuerpo y las del alma] (...): son los puentes (...). En *La gravedad y la gracia*, Weil elaboró la siguiente definición: “Los *metaxu* son las regiones del bien y del mal. No hay que privar a ningún ser humano de sus *metaxu* (hogar, patria, tradiciones, cultura, etcétera) que dan calor y nutren el alma y sin los cuales una vida humana no es posible”.

.....

El valor intelectual impregna el pensamiento de Simone Weil, incluyendo sus propias reflexiones sobre la guerra. Le interesaba sacar a la luz la verdad de la guerra, la verdad que la misma guerra oculta. Mantuvo en algunos momentos, de hecho, posiciones pacifistas, dando un giro a partir precisamente de su propia experiencia en la guerra de España, cuando comprendió que la barbarie es una tendencia inseparable de la condición humana, si se dan las condiciones propicias. Razonable era, entonces, reconocer la *fuerza* y tomar la resolución de resistirse a ella con la *acción*, no con el *pacifismo*; rechazarla con repugnancia y desprecio, tal como fue su posición frente al nazismo.

Texto de la disertación ofrecida en Zaragoza. Invitación de la Asociación de Mujeres Latinoamericanas INARU, 19 de abril de 2023.